



## LA ORACIÓN, “LATIDO” DE LA RELIGIÓN

FRAY NICASIO MARTÍN, O.P.

### 1. INTRODUCCIÓN

A la hora abordar la oración en la Orden de Predicadores, considero oportuno centrarme en lo que podríamos denominar la *naturaleza de la oración*. Es decir, trataré de describir qué es la oración en el ámbito del hecho religioso y sus elementos configuradores. Es ahí donde se sitúa la *base* de la oración dominicana.

Si se observa el amplio y variopinto ámbito en el que se inscribe el fenómeno o hecho religioso, en sus múltiples configuraciones, podrá comprobarse cómo en estas manifestaciones se halla la presencia de la *oración*. Y es que, efectivamente, la oración es un elemento integrante de ese hecho humano específico que llamamos religión. La permanencia constante de la oración, en cualquier concreción de lo religioso, se debe a que ésta es un acto en el que se expresa la actitud religiosa, que no es más que la disposición fundamental creada en el hombre por la irrupción del Misterio (= el Absoluto, lo infinito, lo invisible, lo supremo, lo divino, el Totalmente Otro, Dios.); disposición que cristaliza necesariamente en la experiencia, en la conducta y en los diversos actos concretos que surgen de ella y que por esta razón se califican como religiosos. La *actitud religiosa* es la respuesta que da el hombre al Misterio que acontece en su existencia, y la oración es un acto concreto de dicha actitud. Pero no cualquier acto, pues se trata de la expresión inmediata y primera de la actitud religiosa. Por tanto, cuando se habla de la oración se está haciendo referencia al acto religioso más próximo a la raíz del que nace y se fundamenta él y todas las demás manifestación religiosas. Dicho de otra manera: la oración es el “fenómeno originario” de la vida religiosa. En este mismo sentido lo recuerda Santo Tomás de Aquino cuando dice: “oratio est proprie religionis actus” (Summa Theologica II, II, 83, 30). La oración es el acto primero en el que se realiza la actitud religiosa.





## Espiritualidad del fraile dominico

La apertura del hombre hacia Dios, que siempre toma la iniciativa mostrándose, no queda volatizada o diluida en una especie de atmosfera flotante que se halla en ninguna parte, sino que se materializa en actos concretos que visibilizan la relación del creyente con el Totalmente Otro. En este orden, la oración es un acto o una forma de relación con Dios en el que el ser humano ve implicado todo su ser y toda su existencia. Es más, la oración no es sólo un acto de la actitud religiosa, sino también un medio o canal por el que el Misterio se dice a sí mismo tomando la palabra. Como sucede con el fenómeno óptico de la difracción, que explica cómo a partir de un rayo de luz se forman franjas alternativas de luz y sombra, las dimensiones del ser humano –franja– están transidas o penetradas por la presencia del Totalmente Otro –luz–. Esta presencia profunda de Dios en el hombre capacita a éste para el diálogo entre ambos, es decir, convierte al hombre en el orante que es capaz, tenida la experiencia del Misterio, de expresar en palabras, gestos y sentimientos el paso de Dios por su existencia. Cuando esta presencia de Dios es acogida y respetada incondicionalmente por el hombre como la presencia del Totalmente Otro, no sujeta a manipulación, se realiza la verdadera oración. En cambio, cuando la persona lo que intenta es dominar el Misterio para asirlo a sí y manejarlo a su antojo lo que se produce es la magia. En el auténtico orante se da una clara actitud de *aceptación* del poder superior de Dios y un reconocimiento del mismo que le lleva a verse como ser dependiente, confiado y sumiso a ese Dios que acontece en su historia. Desde esa asunción de sí como ser indigente, en la aceptación de la superioridad del Misterio, surge en el orante, espontáneamente y de su propia profundidad, la *acción de gracias* a la divinidad, muchas de las veces convertida en *alabanza* por el poder y gloria de Dios. Y junto a la acción de gracias y la alabanza: la *petición*. En efecto, el que ora verdaderamente dirige su mirada confiada hacia Dios, en el que reside todo poder de salvación, para que le saque de sus desgracias. El hombre pide auxilio y su grito expresa la confianza de que la vida tiene valor porque alguien, superior a él, se la confiere. En último término, la oración de petición tiene su fundamento en la experiencia de la finitud humana. La persona confía en ese alguien que está más allá de esta finitud dándole sentido. La confianza en el que ora no se traduce tanto como espera o seguridad de obtener lo que se pide, sino más bien supone en el que pide, por el mismo hecho de pedir, la seguridad de un más allá de sí mismo del que cabe esperar la posibilidad de ayuda. En esta forma de oración se pone de manifiesto, como en la acción de gracias y alabanza, que Dios es representado bajo formas personales. Con él hay un permanente intercambio vivo, un diálogo asiduo y confiado que supone su constante presencia. De este modo, en la persona religiosa acaece o tiene lugar una constante y permanente conciencia de la presencia de Dios en él. De ahí que toda la vida se convierta en una gran oración en la que se reconoce la presencia previa de Dios, de la que la oración procede, y se acentúa la diferencia entre los dones de Dios y Dios mismo. Él se convierte en el término de todas las peticiones. Rompiendo o yendo más allá de fórmulas estereotipadas, de lugares y momentos de oración, el orante llega a formular





expresiones más libremente formuladas con las circunstancias históricas en que se desarrolla su vida. Llegado este momento –llamémoslo– de madurez, la oración va a expresar plenamente lo esencial de la actitud religiosa: el reconocimiento del Misterio y la relación salvífica con él.

### 2. LA ORACIÓN ES SUSCEPTIBLE DE PURIFICACIÓN.

Es decir, se puede observar, en la experiencia de los orantes de todas las manifestaciones del hecho religioso, que hay distintas intensidades en la relación con Dios u oración, reflejo de la vida del creyente que, en las circunstancias de su historia personal, va purificando su imagen de Dios y la vinculación con éste. En efecto, en el ámbito que ofrece el mundo de las religiones se halla la llamada *oración mística* y que vendría a ser otra configuración de la oración auténtica, fruto de la experiencia que posee el creyente del carácter trascendente del Misterio o de Dios. En la relación mística el hombre se presenta ante la realidad trascendente con una actitud de entrega o de amor. No se busca, como algo preeminente, la visión y la perfección, sino más bien vivir en el amor. En esta ansia de identificación con Dios, la actitud de trascenderse o entregarse es la que verdaderamente predomina en el creyente. Es precisamente esta actitud viva de relación con Dios la que hace comprender cómo la oración mística no lleva a un mero conocimiento intelectual del Absoluto, pues en ella se pone en juego no sólo el entendimiento del hombre, sino además todo él, todo el sujeto. En este tipo de oración –la acción mística– la actitud del orante está enteramente orientada por la realidad trascendente, de manera que para el místico la unión con Dios constituye el todo. Dicho de otra manera, desde la perspectiva de la mística, la realidad trascendente es considerada como la verdadera realidad de todo lo que existe, el término vivo de una relación que ninguna palabra expresa mejor que el amor. Este amor se entiende como la expresión determinante de la tendencia del espíritu humano de buscar la realidad última como su verdadero término.

Para el místico, Dios es la única salida a un *anhelo* que procede de más allá de él mismo y que despierta en él la presencia del Absoluto. El anhelo de unión con Dios es la expresión más elocuente de la convicción del místico. Unión como forma de ser a la que se llega tras un largo proceso –vía mística– que afecta al hombre entero y que consiste en el progresivo desarrollo de una nueva y antes latente forma de conciencia. En el comienzo de este proceso o camino, que conduce a la unión con Dios, acontece el descubrimiento de la pequeñez del propio yo frente a la densidad del ser y valor del Misterio. La constatación de esta pequeñez lleva a la conciencia de la necesidad de una progresiva purificación del mundo interior que está iluminado por la presencia de la divinidad. Tras esta purificación tiene lugar el descubrimiento de una nueva dimensión existencial, la irrupción de un nuevo mundo en el que Dios se transparenta





a través de todas las realidades mundanas. Tras la purificación de todas las dimensiones del ser o facultades, el proceso llega a su umbral en la entrega de la propia vida en la misma vida de Dios. Esta experiencia ha sido expresada o dicha con diferentes imágenes: éxtasis, unión, desposorio, abismamiento, extinción, etc. En todo el camino o proceso conducente a la identificación o unión con Dios la imagen de éste es diferente con respecto a la primera descripción que de la oración se ha connotado en este trabajo. Es decir, mientras en la *oración profética*, Dios es un interlocutor con el hombre, en la *oración mística*, Dios es vivido como fundamento, abismo, fuente y luz originaria; y la relación con la divinidad, más que en términos de encuentro con Dios, se expresa en términos de abandono en él. En este sentido, la forma habitual de expresar la vivencia o experiencia religiosa mística es “*vivir en Dios*” y no “*vivir con Dios*”. Esto es explicable si se tienen en cuenta que mientras en la oración profética la confianza absoluta, como aceptación de Dios, constituye la expresión más perfecta de la relación vivida por el creyente con el absoluto, en la actitud mística es la entrega, el amor, lo que mejor expresa la vivencia del místico, pues en el amor se descubre esa tendencia imparabile de unión con el Misterio y que se asemeja a ese deseo, irrenunciable y perentorio, de unión por el que el amante quiere estar en el amado por su entrega a él.

### 3. TRASCENDIMIENTO

Uno de los rasgos fundamentales de la oración, ya sea profética o ya sea mística, es el *trascendimiento*. En efecto, ante el carácter trascendente que posee Dios, el creyente se ve abocado a salir de sí para marchar a su encuentro; o sea, la persona que verdaderamente cree en el Dios que acontece en su vida, siente la necesidad de elevarse. Por utilizar una imagen evangélica, podría decirse que el hombre en esa elevación lo que hace es *negarse a sí mismo*. Negación que implica descentramiento, es decir, reconocimiento de los propios límites y renuncia de actuar ante el mundo como si se fuera el absoluto. En la asunción de la finitud el orante halla la fuerza para trascenderse por encima de sí mismo. Este descentramiento, que comporta tener conciencia clara que el centro de mi existencia la ocupa Dios como el dador de sentido, lleva, por una parte, a la renuncia que dan las seguridades provenientes de los propios criterios y, por otra parte, al abandono en las manos de aquel que lo trasciende todo y que, por permanecer en el misterio, no puede ser controlado por nadie. En este sentido, toda oración implica un gesto de confianza; es decir, toda oración lleva consigo la aceptación radical de que mi vida está abierta hacia la permanente presencia de Dios que me sostiene-eleva de un modo gratuito. Con ocasión del trascendimiento, el creyente descubre su verdadero sentido en el misterio de Dios. A través de la *ascesis*, como camino de purificación y control de los anhelos egoístas, el hombre religioso halla una vía para el trascendimiento, reflejo de su inquietud de búsqueda y confianza. La ascesis forma parte de lo que podría denominarse: el momento activo de la elevación. Y junto a este momento activo, otro: el momento pasivo. Este se





fundamenta en la presencia poderosa de Dios y actúa en el orante haciendo que supere todo aquello que provenga del egoísmo. En este sentido, el hombre creyente pone toda su existencia en manos de Dios, quien le invita a superar su pobre realidad en clave de misterio. Estos momentos –activo/pasivo– del trascendimiento ponen de manifiesto que la elevación, a la vez que gozosa, es dolorosa. Pues, por una parte, y en esto está el gozo, el hombre se abre hacia Dios en quien halla su verdad y sentido, y, por otra parte, y en esto está el dolor, el religioso renuncia a su propia vida para ganarla. Renuncia de sí para entregarse confiadamente a Dios, quien todo lo puede y que da sentido a su existencia. En el trascendimiento el orante descubre que su vida está en la gloria de Dios. Gloria que se manifiesta en la vida de los hombres. Por eso, toda verdadera elevación supone abandono en Dios en el amor hacia los hombres, que son su gloria.

#### 4. PASIVIDAD

Otro de los rasgos configuradores de toda oración es la *pasividad*. Si la elevación supone salida de sí para encontrarse con Dios, en este nuevo rasgo de la pasividad lo que se manifiesta es la acogida que Dios hace de aquel que ha depositado la confianza en él. El creyente-orante siente que verdaderamente Dios lo acepta y recibe en sus manos recreándolo. En efecto, cuando el hombre se siente acogido por Dios descubre que en ese gesto generoso encuentra el fundamento de su ser, de su yo. Por eso se puede hablar de recreación del ser en este rasgo de la pasividad, el cual siempre lleva a que en la oración se cultive la presencia de Dios como el amor que fundamenta el yo. En un primer momento, en actitud agradecida y de entrega confiada, el orante, ante el descubrimiento de que es aceptado por Dios, tiene la percepción de que es *persona* porque está en Dios, el cual hace que sea responsable de sí mismo. En un segundo momento, el creyente deja que Dios mismo vaya enriqueciéndolo y dirigiéndolo en su vida, en actitud de escucha permanente. La pasividad cristaliza en el descubrimiento de la limitación humana (soy nada) y en la conciencia de mi propio pecado como olvido de Dios, repliegue egoísta sobre sí e imposición violenta sobre el otro. En el reconocimiento y confesión de que se es *pecador*, el hombre encuentra la mano amiga de Dios que le perdona liberándolo de sus ataduras. Es en el misterio de la gracia de Dios donde el ser humano halla explicación y razón de ser de su liberación y salvación. Dejarse amar por Dios (pasividad) es el camino que conduce al orante a la transformación y al enriquecimiento de sí. Esto no significa que carezca de sentido el esfuerzo que, por otra parte, ha de hacer el hombre para salir de su pecado, pero, desde la propia experiencia, se constata que dicho esfuerzo acaba siendo insuficiente. Consecuentemente, es necesario, además y fundamentalmente, una *purificación pasiva*; es decir, dejarse transformar por la presencia activa de Dios en la vida, por su cercanía sanativa y reparadora. Precisamente, desde la conciencia que posee el creyente de su debilidad, de su pecado y de su impotencia a la hora de superarse a sí







mismo, surge la plegaria como el grito profundo del orante para suplicar a Dios su gracia.

### 5. ENCUENTRO

La elevación o trascendimiento y la pasividad se entrelazan unificándose en el *encuentro*. Efectivamente, ambos momentos se unifican en la experiencia del encuentro, pues quien se eleva sale al encuentro de Alguien que le trasciende, y quien se deja amar lo hace por Alguien que viene a él para salvarlo. Por tanto, hay un momento “acomodaticio” entre Dios y el hombre, un punto de encrucijada o intersección, que llamamos encuentro, en el que el Totalmente Otro y la criatura humana se abrazan. El creyente fundamenta toda su existencia en la experiencia de dicho encuentro. Tanto es así que incluso se va a tener conciencia de ser persona, en la medida en que se sienta el amor y la acogida de los otros; así como, ante el misterio de Dios, se descubre que Él es el creador y que su obra creadora se debe a su infinito amor. Desde este planteamiento o perspectiva se comprenden dos de los rasgos esenciales de la oración cristiana: la oración como *relación con Dios*, a quien se experimenta como *Padre*. Desde el silencio el orante escucha la voz de este Dios que le dice: *¡eres mi hijo!* (en su Hijo Jesucristo). Orar es, en este sentido, acoger esta palabra. Y la oración, como relación de confianza del hombre que lleva a responder a Dios: *¡eres mi Padre!* Dicho en otros términos: la oración es comprendida en virtud del encuentro, pues en ella, por una parte, se experimenta un reconocimiento mutuo entre el Dios que crea (o recrea) al tomar por adopción al hombre como hijo suyo; y, por otra parte, el hombre le responde desde la alabanza reconociéndolo como su Padre. En este sentido, la oración es diálogo permanente y encuentro asiduo entre Dios y el ser humano; ejercicio de presencia: Dios vive en el hombre, el hombre vive y se realiza en lo divino.

### 6. RECUPERACIÓN

El orante que se ha elevado hasta la realidad de Dios (*trascendimiento*), que se ha dejado amar por el amor transformador y gratificante de Dios (*pasividad*) en un encuentro de vida y diálogo permanente. Ahora, asumiendo todo ese proceso ascendente-descendente y que tiene por punto de inflexión el *encuentro*, se vuelve hacia sí mismo, hacia el mundo y hacia los demás para ver con una mirada nueva. La experiencia de Dios configura al hombre haciendo que vea la realidad con un plus significativo. Este proceso de asunción de los momentos que se han descrito anteriormente se denomina *recuperación*. En este último elemento determinante de la oración se comprueba cómo, en el verdadero orante, la hondura y la presencia de Dios son permanentes. El que ora no deja a Dios para volver a la vida, sino que en la misma existencia descubre a Dios que le da un sentido nuevo. Y esta experiencia es la que, precisamente, provoca o lleva a que el hombre orante se comprenda a sí mismo, al





## Espiritualidad del fraile dominico

mundo y al prójimo de una manera nueva. Se retorna hacia sí mismo para descubrirse como persona libre que halla su realización en la apertura hacia el propio futuro, en comunión abierta hacia los demás. Se retorna al mundo que ahora se comienza a ver como un espacio nuevo de amor y libertad en el que acaece la presencia invisible del Dios creador. Y, por último, se retorna hacia el prójimo al que con una actitud de entrega generosa se le acoge y asume con una actitud de amor, en la que viene incluida la justicia.

Ante la irrupción de Dios en la vida del hombre, éste le responde con un acto concreto, que es reflejo de su actitud religiosa: la *oración*. A través de ella el ser humano se trasciende a sí mismo en una relación de confianza con aquél que da su amor sin medida: Dios.

La oración es el encuentro y el diálogo permanente entre el hombre y Dios.

FR. NICASIO MARTÍN RAMOS, O.P.

